

SERMON 2.^o

DE LA

ASCENSION DEL SEÑOR.

*Ascendit ad caelos, sedet ad dexteram
Dei Patris omnipotentis.*

Subió á los cielos y está sentado á la
diestra de Dios Padre omnipotente.

Ex. Simb. Apostolorum.

Cuando os veo, M. A. O., con tanta devoción al pié del altar santo, y advierto la dulce emoción de que os hallais poseidos, mi corazón rebosa en las más dulces expansiones, porque comprendo que no habeis sido arrastrados por el rápido torrente de la impiedad, y que hijos fieles y sumisos de la Iglesia, acompañais llenos de gozo á esta amorosa madre, que con alegres cánticos celebra una de sus mayores solemnidades. El León poderoso de la tribu de Juda, el que es tres veces santo, el Príncipe de eterna paz, Padre del siglo venidero, el segregado de los pecadores, y más escelso que los cielos, se separa hoy de los hombres á los que ha redimido con el sacrificio de su vida, y triunfante de la muerte sube al cielo para tomar posesión de su trono á la diestra de Dios Padre omnipotente. ¡Dogma

consolador que confesamos diariamente en el símbolo de nuestra fé! *Ascendit ad caelos, sedet ad dexteram Dei Patris omnipotentis.*

Este suceso admirable que habia de coronar, digámo-lo así, los grandes misterios de la redención de los humanos, habia sido manifestado por Dios en los tiempos de la espectación universal. No contento el Señor con iluminar á los profetas á fin de que anunciaran anticipadamente los caracteres que habian de adornar al Mesías libertador, sus tormentos y su ignominiosa muerte, sino que también quiso hacer entrever por entre el velo de los tiempos su gloriosa Ascension á los cielos. No otra cosa que este misterio demostraba el Profeta de los Salmos, al esclamar al compás de su cítara: «Abrid, oh príncipes vuestras puertas, y levantaos vosotras, oh puertas eternas, y entrará el rey de la gloria. ¿Quién es este rey de la gloria? El Señor fuerte y poderoso, el Señor poderoso en la batalla. Abrid, oh príncipes vuestras puertas, y levantaos vosotras, oh puertas eternas, y entrará el rey de la gloria. ¿Quién es este rey de la gloria? El Señor de las virtudes, él es el rey de la gloria (1).» Cumpliósese pues al pié de la letra este poético vaticinio como todos los demás que decian orden á la persona del Redentor, que vencedor glorioso del demonio, del pecado y de la muerte, sube á ocupar la diestra de su Eterno Padre.

Fijad, cristianos, vuestra atención en la augusta rada de nuestro Dios; elevad vuestra vista al cielo: allí está rodeado de magestad y de grandeza el que es la cabeza del cuerpo místico de la Iglesia á la que

(1) Ps. XXIII. v. 7-10.
Tomo I.

tenemos la dicha de pertener, siendo miembros de este mismo cuerpo. Los miembros deben seguir á la cabeza: oid las palabras de Jesucristo en su despedida de los apóstoles y discípulos: *Ascendo ad Patrem meum et Patrem vestrum, Deum meum, et Deum vestrum*. Subo á mi Padre y vuestro Padre, á mi Dios y vuestro Dios. ¿Y qué quiere decirnos con estas palabras el que descendió del cielo para santificar la tierra? Mi Padre es vuestro Padre, mi Dios es vuestro Dios. Yo subo al cielo despues de haber sido obediente hasta la muerte y muerte de cruz, habiendo cumplido con la mayor fidelidad mi destino sobre la tierra, no obstante ser un destino de dolor y afrenta. ¿Deseais seguirme al cielo? pues imitadme, abrazaos con la cruz, y sed obedientes á las disposiciones de la providencia: cumplid con exactitud el destino que os ha sido señalado, y tambien para vosotros se abrirán las eternas puertas de la celestial Sion. Vedme ya, M. A. O., colocado en el asunto que vá á dar materia al discurso dogmático-moral con que voy á ocupar vuestras atenciones. Se trata de un punto de la mayor importancia para el cristiano, y no creo por lo tanto necesario exhortaros á que prestéis la mas profunda atención á mi palabra, que es la palabra de Dios, no obstante que sea impuro el órgano por donde se comunica á vosotros. *Necesidad de ser obedientes á la divina ley, para seguir á Jesucristo por el camino de la gloria*. Hé aqui todo mi asunto.

Espíritu consolador. que descendisteis sobre el colegio apostolico, colmando de luz divina á los destinados para anunciar el Evangelio á toda criatura, venid en mi ayuda, iluminad mi entendimiento é inflamad mi voluntad á fin de que pueda

yo en este dia llenar cumplidamente las funciones de esta parte de mi ministerio sacerdotal. Iluminad tambien á cada uno de mis oyentes, de modo que fructifique en ellos la semilla de la palabra santa. Esta gracia os suplico por la intercesion poderosa de vuestra Esposa la Santísima Virgen, á la cual para que se digne interceder en nuestro favor, la saludamos, repitiendo con el mayor júbilo de nuestros corazones, la misma salutacion que en el dia del mayor gozo para la humanidad la dirigiera el celestial Parainfo. *Ave Maria*.

PARTE ÚNICA.

Despues que Jesucristo resucitó de entre los muertos segun habia ofrecido repetidas veces, permaneció por espacio de cuarenta dias en la tierra mostrándose á los Apóstoles, y hablándoles del reino de Dios. Al cumplirse dichos dias comió con ellos y despues de confirmarles la promesa que ya anteriormente les habia hecho, de enviarles el Espíritu Santo, mandándoles que no saliesen de Jerusalem hasta que esto se hubiere verificado, empezó á elevarse desde el monte Olivete y le recibió una nube que le ocultó á sus ojos. Como los Apóstoles se quedasen mirando al cielo cuando Jesus subia, hé aqui se pusieron al lado de ellos dos varones con vestiduras blancas, los cuales les dijeron: Varones galileos ¿que estais mirando al cielo? Este Jesus que á vuestra vista se ha subido al cielo, asi vendrá, como le habeis visto ir (1): es decir este Jesus al que visteis crucificado,

(1) Act. Apost. cap. I. v. 1-11.

que por su propia virtud resucitó de entre los muertos, y que ahora habeis visto subir al cielo, le vereis aun como vendrá otra vez para juzgar al mundo. Tales son, M. A. O., las palabras con las cuales el sagrado libro de los Hechos de los Apóstoles, nos dá cuenta de la gloriosa Ascension de nuestro Señor Jesucristo.

Era necesario que los destinados por el Salvador para anunciadores del Evangelio; los que habian de llevar la gloria de su nombre de uno á otro polo, fuesen testigos de su subida al cielo como lo habian sido de sus tormentos, de su muerte y de su Resurreccion. Ellos estaban destinados á sellar con su sangre las verdades Evangélicas, que habian de confirmar con gran número de milagros, y habiendo presenciado ya la subida al cielo de su divino Maestro, faltábales tan solo recibir el Espíritu Santo, para ser llenos de celestiales dones y poder reducir de este modo los pueblos al conocimiento del verdadero Dios.

La narracion del hecho admirable que la Iglesia nuestra Madre celebra hoy con tanta solemnidad nos inspiran las mas bellas al par que sublimes ideas. Esa gloria en la que Jesucristo entra hoy triunfante de la muerte, es nuestro destino: hijos de Adan, envueltos en las nubes del pecado, éramos esclavos del demonio, las puertas del cielo habian sido cerradas para la raza proscripta y en vano hubiéramos aspirado á la posesion del cielo. ¿Quién rompió las pesadas cadenas de la mas horrorosa esclavitud, que nos aprisionaran al terrible carro del fuerte armado? ¿Quién borró la escritura de nuestra maldicion? ¿Quién nos alcanzó de nuevo el hermoso título de

hijos de Dios? ¿A quién debemos el que hayan sido abiertas para nosotros las eternas puertas de la Jerusalem celestial? Tan solamente á Jesucristo. Si este Salvador amorosísimo no se hubiese revestido de nuestra humana naturaleza, cargando con todas nuestras miserias excepto el pecado: sino hubiese cargado con el peso de la iniquidad del mundo, sino hubiese ofrecido el gran sacrificio de rigurosa justicia, único que podia satisfacer al Eterno Padre, hubiéramos permanecido en una muerte eterna. ¡Gloria al divino Salvador, que de tal modo se compadeció de nuestra miseria! ¡Gloria al valeroso David que supo vencer al gigante de la maldad? ¿Gloria al Salomon divino y verdadero, cuya divina sabiduría, supo hallar los medios de sacarnos de nuestra ominosa esclavitud!

¿Y qué dice hoy Jesucristo á vuestro corazon? Os llama á sí: quiere que le sigais por el camino de la gloria y que os hagais acreedores á disfrutar un dia de esa morada feliz que él posee y que bondadoso ha preparado á sus criaturas. ¿Y de qué modo deberemos portarnos para no malograr los deseos de nuestro buen Jesus? ¿Cuál deberá ser nuestro modo de obrar para conseguir la felicidad del cielo? ¡Ah! Que no la consiguiran ciertamente esos hombres que pasando una vida muelle é infecunda, se resisten á abrazarse con la Cruz: tan positiva dicha está reservada para los que imitan á Jesucristo sufriendo con resignacion los trabajos de la vida, practicando el bien y siendo obedientes á la divina ley.

Siendo Jesucristo Todopoderoso, no ha podido hacer mas en nuestro favor: siendo infinitamente sábio, no ha sabido hacer mas por nosotros: amán-

donos extraordinariamente, no ha tenido mas que darnos, puesto que habiendo dado su vida por nosotros, se nos ha dado él mismo y se nos dá continuamente en el Sacramento de nuestros altares. ¿Deseais mostrar vuestro agradecimiento al que tanto ha hecho por nosotros? ¿Deseais aprovecharos de los frutos de la Redencion y entrar un dia á disfrutar de esa Gloria, en la que Jesucristo entra hoy rodeado de magestad? Pues oid á San Pablo: «Sed mis imitadores, como yo lo soy de Cristo (1)» Así se espresa este Apóstol para dar á los fieles de Corinto la regla de su conducta. Jesucristo es nuestro modelo: su conducta entre los hombres, la que nosotros debemos imitar. De otro modo, en vano nos llamaríamos cristianos. Ahora bien: demos una rápida ojeada por las páginas del Evangelio; abramos ese libro de oro, y siquiera sea tocando aunque de paso los principales hechos de la vida de Jesus, no podremos menos de conocer con dolor que vivimos extraviados y que erramos la senda de la felicidad que nos dejó marcada, puesto que lejos de imitarle nos quedamos dormidos á las orillas del cenagoso rio de la maldad.

No se presentó Jesucristo entre los hombres rodeado de la pompa y magestad que le pertenece por ser un Dios con el Padre y el Espíritu Santo en unidad de Esencia y Trinidad de Personas. Su objeto era destruir la soberbia, origen de la maldad del mundo. Por esto nace en la pobreza de un pesebre, y reclina su cabeza de oro, valiéndome de una espresion bíblica, sobre las humildes pajas que en él

(1) Imitatores mei estote, sicut et ego Christi. 1 ad Cor. cap. IV, versículo 16.

se contenian. De este modo inaugura el reinado de la humildad: criado en el seno de una familia desvalida, aunque la mas santa que ha podido existir en el mundo, vive en la oscuridad sin buscar honras mundanas, ni dar á conocer su divinidad. ¡Oh qué espectáculo tan admirable! El dueño del universo trabaja en el taller de un pobre artesano, al que dá el título de Padre. Llegado el tiempo de llenar su altísima mision sobre la tierra, empieza la carrera de su predicacion, huyendo de los hombres cuando á vista de sus prodigios quieren aclamarle rey, y sufriendo sin quejarse las contradicciones y persecuciones de sus numerosos enemigos. Cumplia la voluntad de su Eterno Padre, y daba al mundo el mas admirable ejemplo de obediencia. Contempladle ahora en los tribunales, en el camino del Calvario, en el monte del sacrificio, y al observar su mansedumbre, su humildad, su resignacion, su ilimitada caridad, aprendereis á practicar todas las virtudes. Vedle pendiente de la Cruz, pidiendo perdon á su Padre para los mismos que le hacian sufrir tan crueles tormentos, ofreciendo la felicidad del cielo á un criminal arrepentido, dándonos á su misma Madre para que fuese nuestro amparo y consuelo en este valle de lágrimas y de miserias, y no podreis menos de confundiros á vista de vuestra altanería y soberbia, de vuestra poca paciencia para sufrir los trabajos, de vuestro continuo deseo de venganza, y en suma de esa vida tan poco cristiana que observais. ¿Y os atreveréis á llamaros cristianos? ¿Y os creereis con derecho á esa Gloria, donde hoy entra triunfante Jesucristo? ¡Oh qué engaño tan lamentable! ¡Qué error de tan funestas consecuencias! Me direis: lo

que el Cristianismo exige de nosotros son sacrificios. Es verdad: Jesucristo no se contenta con virtudes estóicas: quiere sí el sacrificio del corazón, el sacrificio de nuestras pasiones, y aun de nuestra propia voluntad. Y que tiene un derecho indisputable á tal exigencia no puede ponerse en duda. El sacrificó su vida por nosotros y quiere como es justo que nosotros por él nos sacrifiquemos.

Oidlo vosotros, los que no teneis otra regla de conducta que los caprichos de vuestro corazón; los que no quereis reconocer autoridad alguna divina ni humana; los que en una palabra vivís cual si no hubieseis de morir y ser juzgados. Mirad en buen hora la humildad como bajeza, vivid henchidos de soberbia, sin recordar que basta un poco de aire para echar por tierra, todo ese aparato de grandeza que os engríe: despreciad á vuestros hermanos por que tal vez ocupan un puesto mas inferior que el vuestro en la escala social: no fijeis mientes en la necesidad de vuestros prójimos y guiados por el egoismo no tengais mas ley que el Yo; vivid rodeados de placeres, pero renunciad al título de cristianos, pues no pertenece á Cristo el que no le oye y le obedece. Es constante el oráculo divino: no se puede servir á dos señores (1): ó seguir á Jesucristo, que es el camino, la verdad y la vida (2), y vuestra recompensa será indudablemente la posesión de esa Gloria que nos ha conquistado con su sangre, y en la cual entra hoy triunfante de la muerte, ó seguir al mundo en sus perniciosas máximas, y en este caso saltareis de precipicio en precipicio hasta dar en aquel del cual se hace imposible

(1) Nemo potest duobus dominis servire. Math. c. VI, v. 24.

(2) Ego sum via et veritas et vita. Joan. cap. XIV, v. 6.

la salida. ¿Y dudareis en la eleccion? ¿Seriais tan insensatos que prefirierais á los bienes eternos, los caducos y perecederos? Sin duda que mirariais con lástima y reputariais por demente á aquel hombre que hallándose transido de necesidad, se negase á tomar el pan que le ofreciéseis, al tiempo mismo que recogiera piedras y las conservase con cuidado. Ved aquí, M. A. O., la demencia de aquellos que hambrientos de felicidad, vuelven las espaldas á Jesucristo que á ella quiere conducir á sus criaturas, y se arrojan en brazos de un mundo seductor y embustero, que con sus fementidos halagos, solo puede llevarnos al abismo de la mayor desdicha.

No es nuevo por desgracia que el hombre se revele contra Dios y desobedezca sus mandatos. Este fué el crimen del Paraiso, lavado con la divina sangre del immaculado Cordero. En todos los siglos han aparecido hombres protervos que henchidos de satánica soberbia, han hecho alarde de inobedientes á las leyes divinas y humanas. ¿Pero exageraré al afirmar que nunca ha sido esto tan general como en el siglo XIX? Nuestros grandes hombres han pretendido divinizar la razon humana, y se creen con derecho á no reconocer otra ley que la de sus propios caprichos, ni otra regla de conducta que las veleidades del corazón. ¿Puede el hombre ser enteramente libre é independiente? Si existiese por sí; si á nadie debiera su sér racional: si se hubiese podido conceder á sí mismo la inmortalidad; entonces podria llamarse independiente, porque seria un Dios. Pero el hombre no es otra cosa que un poco de barro de la tierra, animado por el hálito divino: debe su existencia á un Dios Omnipotente que de

ella puede disponer con mas libertad que el alfarero de la vasija que acaba de formar: sin el auxilio de su Providencia eterna que siempre obra en favor de las criaturas, estas dejarían de existir: ¿cómo, pues, puede llamarse el hombre independiente? ¿cómo puede desentenderse del cumplimiento de la ley de Dios? Es menester, pues, obedecer. Jesucristo nuestro Redentor, legislador y maestro, no exige de nosotros imposibles. Antes de subir al cielo, durante los cuarenta dias que permaneció sobre la tierra despues de su Resurreccion, se aparece repetidas veces á los Apóstoles para consolarlos, advirtiéndoles que iba á subir al cielo, para prepararles tan feliz morada, pero les anuncia trabajos y aficciones que antes habian de experimentar sobre la tierra, ofreciéndoles el Espíritu Santo que vendria sobre ellos para iluminarlos y que pudiesen con superiores luces llenar las altas funciones de su ministerio, enseñando á los hombres los caminos de la salvacion: y ellos enseñan lo mismo que habia enseñado el Divino Maestro: es decir, á dar á Dios lo que es de Dios y al César lo que pertenece al César: esto es, á ofrecer á Dios homenajes de respeto, de veneracion, y de obediencia, y sumision á los poderes de la tierra.

Creo á veces, M. A. O., no hallarme en el seno de un pais católico, al escuchar á esos hombres que hacen gala de hollar todo principio de autoridad y que pretendiendo temerariamente arrastrar en pos de sus anárquicas ideas á la inesperta juventud, tratan de guiarla por las sendas del error. Ellos conocerán su error pero tal vez cuando ya no tengan remedio: en el colmo de la desesperacion esclamarán: «Erramos el camino de la verdad: juzgábamos como insensatos á

los que seguian por el camino de la obediencia y las demas virtudes y ahora vemos que los insensatos hemos sido nosotros, pues que ellos están contados entre los hijos de Dios y está su suerte entre los santos.» No permita el Señor que asi tenga que esclamar ninguno de vosotros, antes por el contrario, ojalá que penetrados todos de la verdad de esta doctrina, procureis vivir santamente en la obediencia á la divina ley y en el cumplimiento de vuestros respectivos deberes, medio único de conseguir la posesion de esa morada de paz, de esa Gloria, en la que Jesucristo entra hoy triunfante de la muerte.

No os dejéis alucinar por los enemigos de vuestra eterna felicidad: solo en Jesucristo encontrareis la verdad: fuera de su doctrina no hay otra cosa que oscuridad y tinieblas, no estendais vuestras manos para recoger esas rosas que el mundo os ofrece y que se marchitan con prontitud: no acerqueis á vuestros lábios la ponzoñosa copa de los placeres, que os haria aletargaros en el lecho de la maldad y despertar en el infierno: oid á Jesucristo, observad su doctrina, obedeced sus mandatos, y caminareis tranquilos por la senda de la felicidad. La humildad, el ejercicio de la caridad, la resignacion en los trabajos, la paciencia en la adversidad, nos harán participantes de los frutos de la Redencion, y de los grandes bienes de la Ascension de Jesucristo á los cielos, su divina gracia nos hará conseguir tanta dicha, haciéndonos felices en el tiempo y en la eternidad. *Amen.*